

que profesamos á esa Orden, queremos que la regia Excelencia sepa indudablemente esto : que desde entonces no ha variado nuestro cariño hacia esa Orden, antes aumentó, aun cuando aquel Pedro de Corvario, fraile de esa Orden, haya intentado ocupar presuntuosamente la cátedra del bienaventurado Pedro, y hacerse nombrar por sus secuaces Sumo Pontífice; y Miguel, su general, con algunos secuaces, haya creído sustraerse, como cismático y herético, á nuestra obediencia y la de la Sede Apostólica y ministros de dicha Orden... Sin embargo, la Orden susodicha, en todas partes (á excepción de pocas y viles personas, casi todas sentenciadas ya á cárcel ó sujetas á juicio), tan pronta y plenamente ha obedecido nuestros mandatos, como suele siempre esta Orden obedecer los del Sumo Pontífice y de sus verdaderos generales. Los dichos frailes han observado nuestros entredichos donde pudieron, y donde no, huyeron, yéndose á partes en que pudieran observarlos. Tanto los inquisidores de la herética pravedad, como los ministros y otros de la misma Orden, hicieron distintos procesos, y emanaron varias sentencias, y ahora todos los ministros y otros frailes, despreciando increíble peligro de muerte, apresuran su paso hacia París en busca del ministro general: por todas estas cosas, hija carísima, ¿no ha merecido tal Orden aumento de gracia y favor?» — La condición nada benigna de Juan XXII da más valor á este favorable testimonio.

(62) « Así es que la Orden Franciscana engendra inmediatamente una secta, la cual rompe toda la doctrina ortodoxa, y despierta la tendencia vivísima á creer en segura renovación dogmática después de la renovación moral, para el establecimiento de progresiva iglesia donde sean perpetuas las relaciones del cielo con la conciencia del hombre. » (Emilio Castelar, *San Francisco y su convento en Asis.*) — El Sr. Castelar sabe historia bastante para conocer los lados flacos de esta refulgente síntesis hegeliana; pero ¿quién renuncia á entroncar con san Francisco?

(63) « Bien digo, que quien registre hoja por hoja nuestro volumen, aun encontrara páginas donde leer: Yo soy aquel que siempre fui. » (*Parad.*, C. XII.)



CAPÍTULO XIV.

LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LAS ARTES.

Constantino traslada el arte á Bizancio. — Estilo bizantino. — Los mosaistas. — San Marcos. — La ojiva. — Simbolismo. — Renacimiento franciscano. — La basílica de Asis. — Falange de artistas congregados en torno del sepulcro de san Francisco. — Cimabúe. — Giotto. — Los giotistas. — El último bizantino. — Los artistas frailes. — Decadencia. — Iglesia de la Porciúncula. — Basílica de San Antonio. — Santa Croce. — Murillo y el Cristo abrazando á san Francisco.

.....
 Por la gracia de Dios hemos sido llamados á manifestar á los hombres groseros que no saben leer, las cosas portentosas que obró la fe santa.

(Estatutos de la corporacion de pintores de Siena)

BAJO las ruinas hacinadas por visigodos, vándalos, godos y lombardos, el arte clásico yacía sepultado, sin que pudiese exhumarlo el Cristianismo, que, por una parte, hallaba en los monumentos paganos memorias amargas de sangrientas persecuciones, y harto hacia en no cooperar á la obra destructora de Alarico y Astolfo y conservar los tesoros origen más tarde del Renacimiento (1); y, por otra, al traer nuevos ideales á la sociedad, as-

piraba á innovar también un arte, informado en su criterio estético, nutrido en su seno, que reflejase sus ideas, bien como los lagos de la tierra reflejan los colores del cielo. Constantino, concentrando el movimiento y el poder en Bizancio, la gran rival de Roma, estampó el sello del genio oriental en la época primera de las artes cristianas. Á la metrópoli ostentosa del Bajo Imperio afluyeron cuantos artistas y artifices hábiles quedaban aún en los países latinos: allí fueron transportados, como cautivos que siguen el carro del vencedor, el famoso *Paladio* y el *Júpiter* de Fidias, la fortuna romana y la belleza griega; mas no rompió ésta sus grillos para alzarse triunfante como un tiempo se alzara entre los conquistadores del Lacio: Constantinopla brotaba ya su flor, el estilo bizantino, severo é inmutable en sus hieráticas líneas, como el dogma (2), intenso y espléndido en colores, como el celaje y la luz de las comarcas de Oriente. Surgían los mosaístas, transformando la tradición pagana, creando un arte nuevo con procedimientos antiguos, y haciendo que el mosaico, que antes hablaba el lenguaje correcto y puro del diseño, entonase ahora el himno sonoro y brillante del colorido. Italia hubo de recibir segunda vez de ajenas manos la antorcha del arte, para nunca dejarla extinguirse. Una pléyade de artistas amalfitanos se consagra á estudiar con los maestros de Bizancio: cuando se construye la iglesia de Monte Cassino, á Bizancio piden los fundidores de bronce, los esmaltadores, los mosaístas, los orífices; y la escuela bizantina, cruzando el Adriático, alza en Venecia un edificio singular, una maravilla, San Marcos, cuyas arcadas se levantan sostenidas por quinientas columnas de mármol blanco, negro, veteado, de alabastro, serpentina y esmeragdina, redondas unas, po-

ligonales otras y cubiertas de inscripciones sirias y armenias, descansando todas en pavimentos de pórfido y jaspero incrustados de misteriosas y proféticas figuras (3); y sobre cuyas bóvedas y murallas, cubiertas con áureo manto, se destaca una legión de apóstoles, profetas, vírgenes y ángeles de mosaico, vestidos de azul, de púrpura, de verde y amaranto, como prodigiosas flores abiertas en el jardín del paraíso. Con sus cinco cúpulas, con su ábside semicircular, parece San Marcos joya peregrina, broche constelado de pedrería refulgente: ilusión no muy distante de la verdad, porque gemas y piedras preciosas son en efecto las glaucas serpentinadas, las rubias ágatas, los negros bruñidos ónices, el translúcido alabastro, los jaspers rojos como sangre y salpicados de manchas blancas como gotas de leche, que parecen digno engarce del medallón de delicado esmalte que brilla sobre el altar mayor, la *palla d'oro*. Y sin embargo, al contemplar el extraño edificio, la asiática prodigalidad de su adorno, la riqueza de sus materiales, adviértase el carácter decadente del Bajo Imperio, retratado en aquel lujo sensual que fascina los ojos sin mover el corazón.

No en Oriente, sino en Occidente, ha de nacer y crecer la más alta y pura inspiración del arte cristiano; así como en Occidente, y no en Oriente, ha de perpetuarse la fe ortodoxa. Tenga el origen que quiera la arquitectura que por *gótica* conocemos; sea ó no impropio darle este nombre en vez de *ojival*; provenga su primer idea de las formas piramidales de las coníferas en las selvas germanas, ó de las estalactitas esbeltas de las grutas, ó del templo pelágico de los Gigantes, ó de las pagodas indias, ó de las construcciones ciclópeas; fuesen dueños de sus ocultos principios persas y árabes, ó transmitiésenlos de padres

á hijos, desde el tiempo de Salomón, los compañeros masones, es lo cierto que el gótico en todas sus variedades, — así la sencillez sajona como el florecimiento lombardo — expresa con incomparable profundidad y vigor la idea religiosa. Existe una escuela crítica que niega el simbolismo de las catedrales: empresa vana, porque este simbolismo se reveló á las generaciones creyentes de ayer como á las incrédulas de hoy; porque el arte y la poesía lo han consagrado, y porque las piedras viven aún, significando lo que significaron siempre. Otros simbolismos, otras alegorías parecen oscuras, y hay que esforzar el entendimiento para comprenderlos: en la catedral gótica, el poeta y el erudito, el católico y el racionalista unánimes sienten y ven la imagen de la ciudad mística, de la Jerusalén celeste, y en las flechas y agujas y en el dominio de la vertical, la aspiración hacia el mundo del espíritu, y en la cruz de la nave, el instrumento de la regeneración humana; y en las vidrieras fulgurantes y el encendido rosetón, los esplendores de la gloria; y en los monstruos que se retuercen en las gárgolas vomitando el agua llovediza, ó se encogen abrumados por la pesadumbre de las cornisas, la deformidad é ignominia del pecado; y en la flora y en la fauna que adorna frisos y capiteles, otros tantos emblemas; y finalmente, hasta en los números; en recuerdo de la Trinidad, de los sellos del Apocalipsis, de los Apóstoles, suelen encontrarse tres ventanas ó puertas, siete bóvedas, doce pilares. Y no por ofrecer carácter tan expresivo merece el estilo ojival la calificación de sublime contrasentido arquitectónico, antes es causa de asombro para inteligentes lo exacto y racional de las reglas de construcción que aplicaban aquellos iniciados de las logias masónicas (4), cuya

ciencia esotérica se perdió. No hay artificio más osado ni más feliz que el de las pilastras curvas que sostienen los contrafuertes, ni claves de bóveda más atrevidas y seguras, ni más ligera y elegante trabazón de materiales que la de las torres, ni edificios que á menor peso reunan más solidez é indestructibilidad.

Lo que cautiva en el gótico es ver cuán armoniosa concordancia estableció entre su arte maestra, — la arquitectura, — y las demás auxiliares. El mosaico en vidrio enciende con irisados matices la frialdad del granito; la orfebrería reproduce en relicarios y vasos sagrados las formas aéreas de la ojiva; el escultor imaginero puebla las hornacinas de místicos personajes; el tallista escribe en cada sitial del coro una página del antiguo ó nuevo Testamento: el miniaturista paciente cubre de viñetas y letras floreadas el misal ó el salterio. Es un concierto de todas las voces del arte, unísonas al entonar la sinfonía de la fe.

Al decaer la escuela bizantina, se extiende la gótica, con mayores alientos y más fecunda y briosa inspiración; pero los artistas han menester nuevos asuntos que exalten la fantasía, horizontes distintos de los que divisaron sus predecesores. A fin de encubrir el dibujo seco y rígido, los angulosos ropajes, las cabezas yertas, las actitudes de momia, apelaron los maestros griegos á la magia del colorido, á los fondos de oro, á la opulencia de los materiales, y como su arte bárbaro no les permitía representar las ideas con la expresión y movimiento de las figuras, acudieron á medios pueriles, y significaron la grandeza del Eterno, dándole proporciones gigantescas, y colocando los personajes en orden hierático, manifestaron el lugar que espiritualmente les correspondía. El arte naciente pide

más; solicita un elemento dramático, un sentimiento real que anime sus creaciones. Nadie pudiera brindárselo mejor que san Francisco de Asís. Su historia, sus prodigios, su amor por la naturaleza, su activa caridad, ofrecen puro y fresco manantial de inspiraciones, viva fuente en que se renueve la exhausta vena bizantina. El platonismo, tan influyente en la filosofía franciscana, que considera las formas sensibles espejo de la divina hermosura, y para quien verdad y belleza son dos atributos de una esencia misma, y la belleza visible verdad exaltada y caldeada por el entusiasmo y la fe, va á animar con su soplo el arte. La escuela que nazca en torno del sepulcro del penitente de Asís, reconocerá los fueros de la naturaleza y los derechos de la vida; traducirá en los semblantes el sentimiento y la inteligencia, y hará de los petrificados modelos bizantinos figuras reales y humanas.

En la tumba de san Francisco de Asís vemos por vez primera campea el estilo ojival que anteriormente sólo se presenta como tentativa y ensayo (5): ya la iglesuela de la Porciúncula, cuna de la Orden de Menores, ofrece en su puerta un arco agudo; pero la corona otro de cintra plena. Cuando fray Elías recibió de Gregorio IX orden de construir un monumento digno de encerrar el cuerpo de san Francisco, eligió para la fundación un lugar del cual huían las gentes, una meseta siniestra donde eran ajusticiados los reos, el *Collado del Infierno*, nombre que el Papa mudó llamándole *Collado del Paraíso*. Á petición de fray Elías, Federico II envió á Asís al arquitecto Jacobo Lapo (6), y éste trajo consigo un niño, un aprendiz, que más tarde había de tomar el hábito franciscano, sucederle y dar cima á la obra colosal: fray Felipe de Campello. Comenzáronse los trabajos con la actividad

que despertaban entonces tales empresas; llovieron de todas partes dádivas; acudió un enjambre de obreros, gratuitos y voluntarios unos, soldados otros; abrió Asís sus ricas canteras de mármol; se niveló la roca; allanaron un área inmensa donde asentar el edificio; y el día de la canonización del Santo, Gregorio IX colocó solemnemente la primera piedra; en el espacio de veintidós meses estuvo terminado el templo subterráneo ó cripta, y se verificó la traslación del cuerpo y su enterramiento misterioso; después se alzaron con no menos rapidez la iglesia central y la alta. Así se completó el monumento con sus tres cuerpos sobrepuestos, hundido el primero en las entrañas de la tierra, firmemente apoyado en ella el segundo, y el tercero bañándose en el azul de los cielos. Coronan el cuerpo central arcos agudos apoyados en anchos pilares, de donde brotan los finos haces de columnas de la iglesia alta. Á la fría lobreguez de la cripta sucede en la iglesia central tibia claridad cernida por los vidrios de las ojivales ventanas; mientras en la iglesia superior penetra á torrentes la luz del sol, ayudando á patentizar la traza admirable de su bóveda, que midiendo de largo trescientos treinta y tres palmos romanos, no tiene vigas ó trabes que las sostengan, y sus piedras, apoyadas unas en otras con singular valentía, descansan en los arcos. Severo é imponente es el aspecto exterior de la basílica; la altura del collado que domina le da, desde lejos, apariencia de fortaleza. Dentro, quiso Elías que derramase el arte todos sus tesoros, y que las desnudas murallas vistiesen galas regias, adornándose como la Esposa de los cantares para recibir al esposo. En derredor del sepulcro de Asís — considerado, después del de Jerusalén, el más glorioso del orbe — se congrega una falange

de artistas inspirados por ideales nuevos, y alborea el Renacimiento. Fueron los primeros atraídos Giunta Pisano y Guido de Siena, maestros arcaicos de la pintura italiana, que ya empiezan á soltarse de las ligaduras bizantinas. Giunta, primer propagador del arte toscano, trazó sobre la puerta de la segunda sacristía de la basilica el curioso y fiel retrato de san Francisco, y en el altar mayor el gran crucifijo al pie del cual se prosterna fray Elías (7), llegado entonces al apogeo de su tiránico poder. — Cimabúe sigue á Guido y á Giunta : discípulo también de los griegos, no osa sacudir del todo su yugo, ni hacer que el aire circule y la perspectiva se ensanche ; pero una tarde, paseándose por la campiña, encuentra un pastorcillo que, sentado en una piedra, sobre delgada lámina de pizarra esbozaba el contorno de una oveja de su rebaño. Cimabúe convirtió al zagal en pintor, y aquel niño, amamantado por los ubérrimos pechos de la madre naturaleza, acostumbrado á ver la soledad del campo animada por la presencia de Dios, alcanza lo que no pudo alcanzar su maestro, sujeto por estrechas tradiciones : fundar la pintura italiana, y merecer el lauro que le adjudica un conocido terceto de Dante :

.....
*Credette Cimabue nella pittura
 tener lo campo, ed ora ha Giotto il grido
 si che la fama di colui oscura* (8).

Giotto es por excelencia el artista del cristiano Renacimiento. No hay sino compararlo con los bizantinos. En vez de tradición, observación; en lugar de ídolos, hombres; ya no son sus personajes abstracciones, sino criaturas vivientes, cuyas actitudes y semblantes estudió. Todo el arte pictórico de Italia está en ger-

men en Giotto, como en Dante florece toda su poesía. Á semejanza de Miguel Ángel, señoreaba Giotto tres bellas artes hermanas, arquitectura, escultura y pintura; y cual nuestro Murillo, las tendencias naturalistas de su pincel, lejos de dañar á la idealidad de sus creaciones, la realzan y avaloran. Pues bien; en la leyenda de san Francisco encuentra Giotto inagotable serie de inspiraciones. Puede decirse que pasa su vida artística en oración ante el Santo de Umbria. Peregrino de la belleza y de la piedad, recorre á Italia, y va dejando por donde quiera estrofas del poema franciscano : en Ravena, en Rimini, en Verona y Florencia. Una pintura suya, san Francisco recibiendo los estigmas, gana en Pisa tal aplauso, que al punto le llaman para contribuir á la decoración del famoso cementerio. Pero donde se espacia la vena fecunda de Giotto es en la basilica central y superior de Asís. Veinte años, lo mejor de su carrera, dedicó á vestir las paredes que guardan el sagrado cuerpo. Allí representó á san Francisco en las principales situaciones de su vida : niño aún, pisando el manto que le arroja un profeta de sus altos destinos; mozo ya, cuando se desnuda el traje puesto para dárselo á un pobre; luchando con los primeros impulsos de la vocación, y viendo en sueños banderas y armas que ostentan el signo de la cruz; oyendo la voz del milagroso crucifijo de San Damián que le manda reparar la Iglesia; renunciando en manos de su padre, ante el obispo, los bienes todos que la tierra ofrece; sosteniendo con sus hombros la basilica de Letrán, que oscila; cruzando los aires, arrebatado en un carro de fuego menos ardiente que el amor que le abrasa; proponiendo al Sultán arrojarle en una hoguera para probar su fe; predicando á las aves que le rodean y escuchan; resucitando al

mancebo aplastado bajo los escombros de una pared : — pintura donde el artista se retrató á sí propio, en actitud de contemplar pensativo el suceso. — Y después del tránsito terrenal, la apoteosis : Giotto se remonta á esferas de luz, y con pincel más que nunca egregio traza el triunfo del penitente : san Francisco revestido de preciosa dalmática diaconal recamada de flores, reclinado en silla gestatoria, que conduce regocijada legión de ángeles, ascendiendo al empireo. Ni olvida el pintor las tres vírgenes compañeras de Francisco, que le abren la puerta del cielo : la *Obediencia*, imponiendo á un fraile arrodillado el yugo, haciéndole con el índice señal de silencio, mientras la Humildad arroja al monstruo de la Soberbia, mitad can y mitad hombre ; la *Castidad*, doncella hermosísima, protegida por fuerte torreón, empinada sobre alta roca, á la cual intentan trepar, incitados por Francisco, un fraile Menor, una Clarisa, un Terciario : el fraile es Juan de Muro, general de la Orden ; el Terciario, Dante Alighieri, grande amigo del artista, y que es fama le sugirió la idea de estos frescos ; y, por último, la divina amante, la *Pobreza*, bella, pero demacrada y pálida, tendiendo la diestra á Francisco, joven aún ; mientras Cristo los une y el Padre bendice los desposorios, un perro persigue á la Pobreza con furiosos ladridos, un hombre vestido de púrpura tira piedras á la desposada, otro intenta coronarla de espinas, y allá lejos los avaros aprietan al corazón la repleta bolsa. Al contemplar esta obra de arte, acuden á la memoria las estrofas de Jacopone :

.....
Povertade poverina
ma del cielo cittadina...

Á la sombra de la basílica de Asís, en torno del maestro, se agrupó una bandada de discípulos, que después habían de esparcirse y volar por Italia difundiendo la buena nueva del renacimiento de la pintura. Cavallini, el que ayudó á Giotto á crear el delicioso mosaico de la *Navecilla*, dejó en Asís una obra admirada por Miguel Ángel, la inmensa *Crucifixión*, en cuyo cielo lloran los ángeles, traspasados de elegiaca tristeza. Puccio Cappana, que había de bajar tan joven al sepulcro, reprodujo la escena de la estigmatización, el Sepulcro de Cristo y el Descendimiento. Obras de Simón Memmi — el amigo de Petrarca, el pintor de Laura, — y Juan Tadeo, cubren también los muros de la basílica. No ; el renacimiento del arte italiano por excelencia, de la pintura, no data de los siglos XV y XVI, ni se origina de la restauración clásica. El siglo XVI es la flor completa, la tarde de la pintura ; pero en el templo de Asís, en el XIV, esparce ya su aroma el capullo y luce la aurora. Desde el XIII, la mayoría de los artistas italianos salen de Toscana, y se señala la escuela de Umbria, tan sobria y noble en sus procedimientos. Bien comprendió la evolución que se realizaba en el arte aquel Margaritón de Arezzo, pintor, escultor, arquitecto, autor de la tumba de Gregorio X ; el que enseñó á restaurar los cuadros, á bruñir el oro, á aplicarlo en láminas ; último discípulo de la escuela bizantina, que viéndola vencida al terminar el siglo XIII, emprendió la obra titánica de detener la marcha del tiempo, y de imponer otra vez á la pintura la tradición griega, muriendo de pesadumbre y enojo cuando se convenció de la esterilidad de sus esfuerzos. Al borde del sepulcro de san Francisco empieza, pues, el renacimiento pictórico ; pero concurren también las demás artes : Fuccio esculpe el mau-